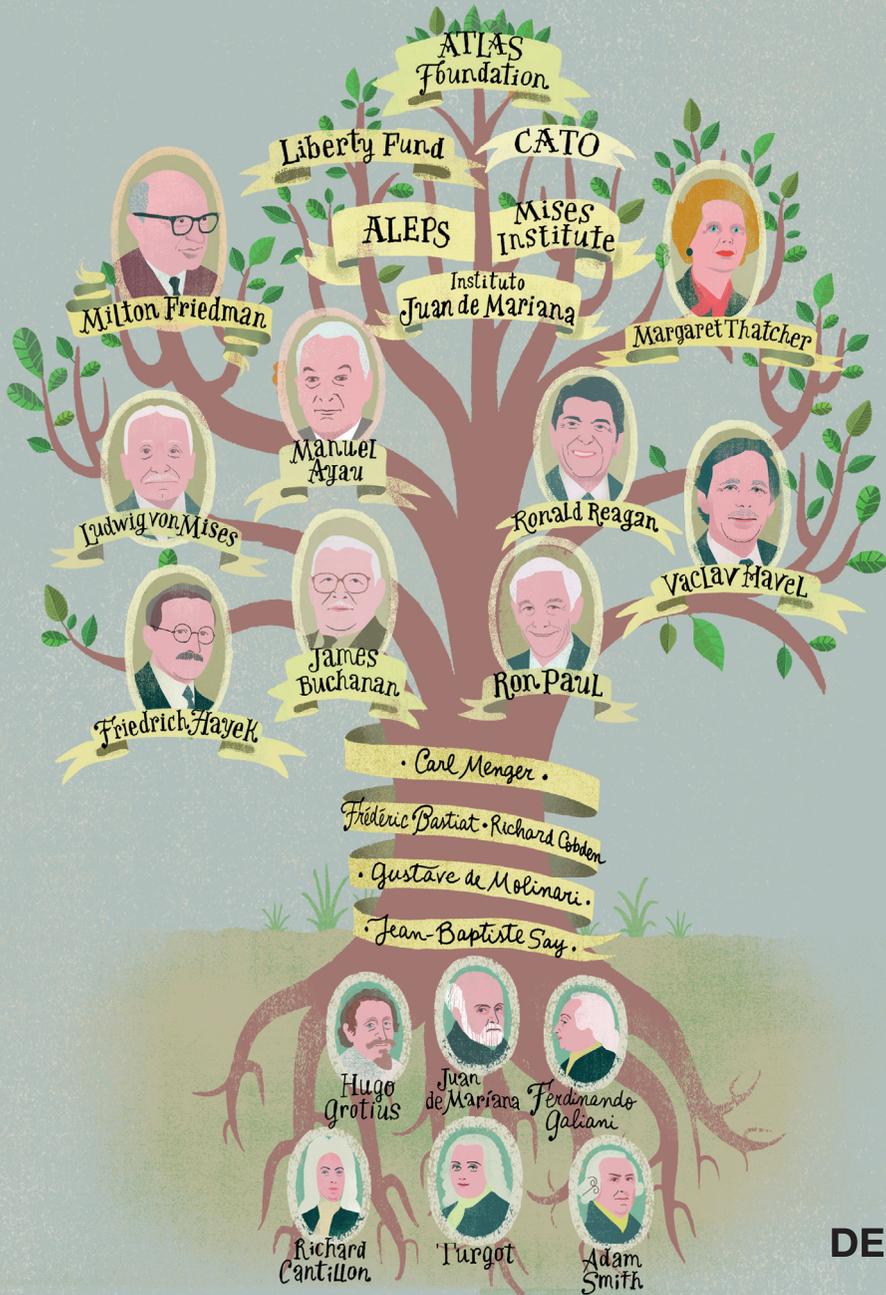


MARÍA BLANCO

LAS TRIBUS LIBERALES

UNA DECONSTRUCCIÓN DE LA MITOLOGÍA LIBERAL



DEUSTO

Las tribus liberales

Una deconstrucción
de la mitología liberal

MARÍA BLANCO



EDICIONES DEUSTO

© 2014 María Blanco

© Centro Libros PAFP, S. L. U., 2014

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de cubierta: © Ed. Carosia

ISBN: 978-84-234-1893-0

Depósito legal: B. 18.498-2014

Primera edición: octubre de 2014

Preimpresión: Medium

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Prólogo, de Carlos Rodríguez Braun	9
Introducción	13
¿Qué es ser liberal?.	20
¿Usted sabe lo que es bueno para los demás?.	24
¿Y por qué tantos se equivocan?	29
I. El liberalismo en el templo de Atenea.	33
Las tribus liberales del siglo xx: quiénes somos	36
De dónde venimos: la evolución del pensamiento liberal	52
II. El liberalismo en el templo de Eris	69
Las medidas liberales de todos los partidos frente al socialismo de todos los partidos.	70
La política económica frente a la política social	77
¿Es posible un partido liberal?	86
III. Más allá del Olimpo: el liberalismo en la calle.	100
Los liberales: la extraña familia.	101
El liberalismo espontáneo: el orden espontáneo también existe	111
Seguridad frente a libertad. ¿La libertad es insegura?. . .	117

Los hombres cazan el mamut y nosotras somos socialistas	123
El eterno problema: predicar con el ejemplo	129
IV. El liberalismo en el Hades: los demonios liberales . . .	133
Es el sistema político de los ricos	135
Es insolidario, genera discriminación y corrupción	140
Genera paro e infratrabajo	145
Fomenta la explotación infantil.	149
Fomenta la especulación que, como todo el mundo sabe, es pecado (mortal).	155
Fomenta la irresponsabilidad social y destruye el medio ambiente	159
Socava las bases de la moral social	165
Fomenta un sistema en el que unos países han de perjudicar a otros (marxismo internacional) . .	172
Acaba con la soberanía nacional y democrática	174
El verdadero mito del liberalismo: la comunicación. . . .	179
Epílogo: Ni héroes, ni dioses	185
Bibliografía	195
Breve guía online del trotamundos libertario.	197
Índice onomástico	203

I

El liberalismo en el templo de Atenea

El objeto de la educación es formar seres aptos para gobernarse a sí mismos y no para ser gobernados por los demás.

HERBERT SPENCER

La diosa Atenea representa muchas cosas en la mitología griega. Protectora de Atenas, de Esparta, de Argos, Gortinos y de la Acrópolis; consejera, defensora de la bahía, de los bueyes, de la navegación. Creadora del olivo mediterráneo e inventora. Nació de la frente de su padre ya armada y por eso era imbatible en la guerra. Pero una de las más comunes funciones atribuidas a la popular Atenea era la de ser guía y maestra de héroes: ayudó a Aquiles, a Heracles, a Perseo, a Odiseo y a Hércules.

La diosa de la sabiduría y la inteligencia por antonomasia, en Madrid da nombre al centro cultural privado de más prestigio y solera de nuestros tiempos, el Ateneo.

Como la verdad científica, Atenea no fue poseída por nadie y eso le confería un estatus especial. Desde la frialdad de su mirada de la que Aquiles dijo que era «terrible», enseñaba a los hombres más valientes para que lograran la victoria. Y así, la academia, erguida sobre la frialdad de la lógica, los datos y el método, trata de guiar nuestros pasos en la batalla por la verdad. Desde el Templo de Atenea, el liberalismo hunde sus raíces en la profundidad de la historia y avanza por caminos no siempre amables, no siempre visibles o populosos. Hoy en día, da la sensación de que el templo de Atenea ha perdido su carácter sagrado y se ha convertido en un ágora donde todo se compra y se vende.

Si no es fácil trazar una línea entre qué es o no el liberalismo, tal vez porque no es una religión, ni hay mandamientos, ni cielos ni infiernos liberales, tampoco lo es dibujar una historia del liberalismo. Conozco liberales que creen que hay que rescatar alguna parte (la más liberal) de la obra de autores como Jeremy Bentham, y otros para quienes el mismo autor es un peligroso autoritarista. Para los anarquistas de mercado, Adam Smith era un socialista como la copa de un pino y, sin embargo, para muchos es el referente del liberalismo. Pero es igual de importante aprender a valorar tanto la tradición del liberalismo escocés como las propuestas de la Escuela Austriaca, la Escuela de la Elección Pública o el institucionalismo. Si elaborar una historia del liberalismo es difícil para quienes nos hemos especializado en las ideas, para el resto de los economistas y, con más razón, para la gente de la calle, este tipo de líos es inabordable. Y no me extrañaría que esta maraña de autores, principios, divisiones y subdivisiones sea una de las razones por las que se rechaza el liberalismo antes siquiera de atravesar el umbral. Simple pereza.

Otro aspecto de la confusión está relacionado con el rastreo exhaustivo de afines cuando desde la atalaya de nuestros días miramos hacia atrás. En el Máster de Economía de la Escuela Austriaca dirigido por el profesor Jesús Huerta de Soto, el libro de texto de la asignatura Historia de las Doctrinas Económicas en el Contexto de la Escuela Austriaca de Economía es la obra en dos volúmenes de Murray Rothbard, libertario y relevante miembro de la Escuela Austriaca estadounidense del siglo xx. Siempre me ha resultado sorprendente su habilidad a la hora de encontrar protoaustriacos en lugares insospechados del pensamiento económico. En su fabuloso manual recorre tierras extrañas, tiempos remotos y allá donde va hay un referente de la Escuela Austriaca escondido bajo una piedra. Como afirma el propio autor en el prólogo de este grandioso trabajo, por extensión e importancia, «la obra elabora una historia general del pensamiento económico desde una posición francamente “austriaca”, esto es, desde la perspectiva de alguien que se adhiere a la Escuela Austriaca de Economía». Teniendo eso en mente, se entiende mejor todo lo demás. Sin embargo, es como cuando tienes un hijo y tu suegra se empeña en reconocer algo de

su familia en el recién nacido. No importa si el niño es clavado a tu padre, ella rebuscará y encontrará algo: la forma de las orejas, las manos pequeñas, el entrecejo... Tampoco es importante para su análisis que los recién nacidos raras veces se parezcan a sí mismos al cabo de unos meses y, no digamos, al cabo de unos años. Tan molesta para la recién parida como esa obsesión alimentada por el cariño de abuela, es la que exhibe Rothbard en el libro tratando de encontrar rastros «austriacos» por aquí y por allá.

Este fenómeno no es exclusivo de Rothbard y la Escuela Austriaca. Sucede en todo el panorama de la historia del pensamiento económico. El etiquetado es una tendencia del pensamiento humano también en economía. Estamos preparados por la naturaleza para encontrar patrones de conducta, reconocer similitudes en el aspecto, repeticiones en los fenómenos naturales, para poder eliminar peligros y discriminar entre amigos y potenciales enemigos. Pero, muchas veces, en vez de facilitar el estudio y la organización del pensamiento resulta contraproducente. Esa necesidad de identificar a tus pares, a los que son como tú, de justificar las creencias de uno, de sentirse perteneciente a un grupo especialmente cuando se está en minoría, es casi un sentimiento tribal que se estudia en psicología social y que encontramos en todas las escuelas, corrientes y tendencias y en aspectos de la vida moderna menos intelectuales, como el fútbol.

No debe ser excusa para desmerecer la gran obra de Murray Rothbard, que tiene muchas más luces que sombras, ni para rechazar el pensamiento liberal. Lo que hay que hacer es encender los focos, dirigirlos adecuadamente y tratar de simplificar. Por eso yo me voy a centrar en reflexionar acerca del pensamiento y los principios que defienden la libertad y responsabilidad individuales, desde una perspectiva genealógica pero siempre muy personal, intentando trazar el rastro de nuestras raíces.

Casi más importante es aclarar quién es quién en el liberalismo desde el punto de vista actual antes de recorrer nuestros orígenes. Es una tarea ingrata porque siempre habrá una rama alejada o muy poco representativa que no esté presente y, como es normal, desde su particular visión sus ideas son las más auténticas entre las auténticas.

Las tribus liberales del siglo xx: quiénes somos

Dentro de este apartado voy a distinguir entre los liberales desde dentro de las universidades, es decir, el pensamiento liberal, y los intelectuales liberales en el entorno universitario *ma non troppo*. Aprovecho para aclarar que, al igual que sucede en el resto del libro, es una perspectiva personal, hablo más de quien más conozco y de quien más me gusta a mí. Hay muchos libros y antologías de historia del pensamiento económico, listas de los principales *think tanks*, etc. Mi pretensión no es ser exhaustiva sino dar mi punto de vista honestamente y con toda humildad.

A) *Las tribus académicas*

Ateniéndonos al mundo académico, hay varias escuelas y corrientes de pensamiento que se declaran hoy en día liberales o de inspiración liberal.

En primer lugar, están los llamados liberales clásicos. Son la infantería del liberalismo. Los que empezaron por leer a Adam Smith y cayeron seducidos por los límites al poder del soberano que el filósofo escocés proponía y su visión de la libertad individual como consecuencia del sistema de libertad natural, por un lado, y como motor del aumento de la riqueza de las naciones, por otro. La extensión de las ideas smithianas a nuestros días se desdobra en tantas variedades como colores tiene el arcoiris. La razón es que Adam Smith no estaba escribiendo un catecismo o las normas de un club sino tratando de investigar qué factores explican que unos países logren aumentar su riqueza y otros no. De hecho, el mismísimo Karl Marx se inspiró en algunas teorías de Smith y de su principal sucesor intelectual, David Ricardo, a pesar del profundo desprecio que mostró por los liberales clásicos.

Los liberales clásicos de hoy en día, por ejemplo, aceptan las tres funciones que Adam Smith atribuye al soberano, al Gobierno. Una sería la justicia, otra la defensa y la tercera, la conflictiva, incluye las infraestructuras, porque permiten un mejor funcionamiento del mercado, y todos aquellos bienes y servicios en

los que la iniciativa privada no esté interesada. La razón de este desinterés, según Smith, es económica: los costos para un individuo o pequeño grupo de individuos (una empresa) es excesivo, pero los beneficios de la existencia de este bien o servicio para la sociedad están fuera de duda, así que es el soberano con las rentas de todos el encargado de financiarlo. Y en ese punto aparece la compleja encrucijada porque ¿qué bienes y servicios son necesarios para la comunidad y no interesan económicamente a la iniciativa privada?

Para los liberales clásicos más estrictos no depende tanto de si interesan a la sociedad como de si, además de eso, hay algún individuo o grupo de individuos dispuestos a financiarlo. Para los más laxos, primero hay que definir el interés de la sociedad y luego ya veremos. Esta diferencia tiene enormes consecuencias. Hay que tener en cuenta que la capacidad de financiación de los individuos y las empresas en los tiempos de Adam Smith, finales del siglo XVIII, no es la misma que dos siglos después. Las nuevas formas de asociación empresarial, el desarrollo de los mercados financieros, el crecimiento de las empresas tanto verticalmente (desde la obtención de materias primas hasta la venta minorista) como horizontalmente (diversificando la producción, abriendo nuevos nichos de mercado en sectores diferentes) han tenido como consecuencia que lo que antes no resultaba accesible financieramente ahora se puede afrontar, sean infraestructuras, hospitales o viajes a la Luna. En puridad, la idea de Smith era que cuando no era rentable pero sí necesario por el beneficio que ese bien o servicio representaba para la comunidad, entonces el Estado se haría cargo. Si no es tan beneficioso o la iniciativa privada está interesada, el Estado se echa a un lado. ¿Por qué? Porque para Smith solamente la competencia previene de los abusos derivados de la arbitrariedad.

Pero los seguidores menos escrupulosos, al plantearse en primer lugar qué es beneficioso para la sociedad, caen en la tentación de escribir la carta a los Reyes Magos y el número de los bienes y servicios que son necesarios crecen exponencialmente. Es normal, no son ellos quienes asumen las facturas sino los contribuyentes forzosos, los pagadores de impuestos. Pero sí son ellos

los que reciben los votos de los receptores de concesiones, contratos de provisión al Estado, etc. Estos mismos liberales tibios adoran las ideas ambiguas de John Stuart Mill, quien en 1848 abogaba por la propiedad privada por ser el estímulo perfecto para el desarrollo de las personas, pero era partidario de abolir la herencia y ciertas formas de redistribución por vía indirecta, lo que, bien pensado, es contradictorio con la defensa de la propiedad privada. Eso sí, todo a fuego lento, como se cocinan las ranas. Y, en realidad, eso es la socialdemocracia: un socialismo en el que se cocina al individuo a fuego lento. Los cocineros nos enseñan que si metes a una rana en una olla con agua hirviendo, la rana salta y se escapa. Pero si la metes en un recipiente de agua fría que pones a hervir a fuego lento, la rana apenas nota el cambio de temperatura y acaba cocida. De manera similar el socialismo de nuevo cuño va ocupando posiciones, tomando el mando de la vida de los individuos y arrebatando poco a poco parcelas que corresponden a la responsabilidad individual, como John Stuart Mill, que denunciaba a sus amigos socialistas puros antimerca y antipropiedad privada, pero que a la vez es el padre de la socialdemocracia junto con el francés (y mucho menos reconocido) Michel Chevalier. La llamada izquierda liberal parte de estos autores y llega hasta Ralf Dahrendorf (1929-2009), quien reformuló la teoría del conflicto de clases marxista, cerrando el círculo de la perversión izquierdista de la concepción del liberalismo.

A partir de la célula madre de los liberales clásicos podemos diferenciar los grupos que en el siglo xx se refieren a algún autor o escuela particular. Como los monetaristas de la Escuela de Chicago, la Escuela Austriaca y la Escuela de la Elección Pública.

Los monetaristas son los seguidores de Milton Friedman, fundador de la Escuela de Chicago. Friedman hizo más aportaciones a la teoría económica que a la teoría monetaria, destacó en macroeconomía, microeconomía, historia económica y, de hecho, ganó el premio Nobel en 1976 por sus logros en los campos de análisis de consumo, historia y teoría monetaria, y por su demostración de la complejidad de la política de estabilización. Pero es conocido sobre todo por sus teorías monetarias. Frente al reinado de la arbitrariedad de las autoridades políticas que

propugnaban los keynesianos, Friedman proponía una regla fija de crecimiento de la cantidad de dinero en la economía, con el objeto de eliminar la incertidumbre que los vaivenes y caprichos políticos pueden generar y pretendía que la economía se ajustara a esa regla. Friedman no se opone a Smith, al revés, son bastante afines, pero no es necesario ser smithiano para estar de acuerdo con Friedman o al revés.

De hecho, uno se puede encontrar en la universidad gente que simplemente esté de acuerdo con la regla monetaria de Friedman, o que haya leído toda su obra, en la que se enfrentaba a los keynesianos intervencionistas; o gente que haya leído a ambos, Smith y Friedman, y le parezca bien cada uno en su contexto y, finalmente, la opción más normal, puede toparse con profesores de universidad que sin haber leído a uno y a otro están de acuerdo, o por el contrario discrepan de ambos. Y esto desvela un fenómeno bochornoso de nuestras universidades. Porque la realidad es que usted se va a encontrar habitualmente con economistas que no han leído a Marx, Smith, Keynes, Hayek y hablan de sus ideas como si tomaran el café con ellos cada mañana. La cosa es mucho más dramática si consideramos la plana mayor de opinadores en los medios de comunicación y rayando en la opereta si nos referimos a los políticos. Pero en este caso no es realmente tan importante, porque leer a Mises no asegura poner en práctica políticas liberales, como tampoco asegura lo contrario leer a Marx.

Friedman tiene muy mala prensa entre la izquierda porque sus políticas económicas tuvieron un éxito sin parangón en un país en el que gobernaba un dictador: el Chile de Pinochet. Milton Friedman se estableció y creó escuela en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, en Estados Unidos. Su fama internacional explica que muchos jóvenes universitarios de todos los lugares del mundo desearan estudiar sus teorías bajo su tutela. Así nació la Escuela de Chicago y los llamados «Chicago Boys». En el año 1954, la Pontificia Universidad Católica de Chile firmó un acuerdo de posgrado con la Universidad de Chicago y muchos jóvenes licenciados chilenos se fueron a formar allí con Friedman. Sin entrar en los acontecimientos políticos de Chile en los años setenta, que no dependieron en absoluto de Milton

Friedman, lo que sucedió es que cuando Pinochet tuvo que poner en manos de alguien la economía del país, los economistas mejor preparados eran ese grupo de jóvenes chilenos que vieron la oportunidad de llevar a la práctica las reformas propuestas por el gran economista estadounidense. Y funcionaron. Eso no tiene perdón posible para la izquierda y para los defensores de la economía planificada. Son capaces de abrazar a Castro, dictador cuya política económica ha traído el hambre a varias generaciones de cubanos. Y esa misma sangre fría y cortedad de miras les lleva a acusar de asesinos a los jóvenes economistas que pusieron en marcha las reformas que Chile necesitaba. Pero como siempre ocurre, la realidad supera a la ficción y periodistas estadounidenses han rematado la faena, como la infame Naomi Klein, quien ha elaborado todo un montaje compuesto por libro, entrevistas y documental difamando al mismísimo Friedman y a sus seguidores, defendiendo la tesis de que para ser aplicadas sus ideas necesitan de catástrofes, naturales o no, que devasten un país y a partir de ahí, salir adelante. He tenido la oportunidad de conocer personalmente a José Piñera, doctorado y máster por Harvard, quien explicaba con ojos brillantes lo complicado que fue convencer a los chilenos de que ese sistema nuevo de pensiones que él defendía era bueno. Y durante muchos meses aparecía en televisión él, ministro de Trabajo entonces, a explicar idea tras idea cuáles eran las bases de esta reforma. En el discurso de celebración del Día del Trabajo, el 1 de mayo de 1980, Piñera anunciaba la creación del sistema de capitalización con estas palabras: «Trabajadores chilenos. El año pasado, en esta misma fecha, les invité a mirar el trabajo cotidiano en la perspectiva grandiosa del acto en que el hombre imprime las huellas de su propia alma sobre la naturaleza, participando de esa manera en la creación continua del universo. Hoy quisiera invitarlos a una reflexión expresa sobre el lazo que une al trabajo con la libertad. Toda forma de trabajo es un ejercicio constante de la libertad humana. Mediante su trabajo creador, el hombre no sólo expresa y manifiesta su condición libre, sino que también acrecienta día a día la magnitud de su libertad. El hombre, trabajando más y mejor, se libera de la servidumbre de las ciegas fuerzas de la

naturaleza, de la esclavitud geográfica, de las imposiciones del clima y del medio ambiente. El hombre, trabajando más y mejor, se libera también de las coacciones sociales y de las presiones políticas. En efecto, su capacidad creativa le permite erguirse con firmeza frente al posible atropello de un Estado totalitario, que para imponerse requiere una masa anónima de siervos tan dóciles como carentes de educación laboral. Y con el producto de su mayor y mejor trabajo, el hombre conquista ese tanto de propiedad privada, de libertad económica, que es la base de su libertad social y política, pues le impide ser arrasado por un poder central absoluto: sólo el que nada tiene puede caer bajo el yugo de esas fuerzas impersonales e irrestrictas.»

Y su sistema ha sido un éxito. Algo que, de nuevo, la izquierda no puede perdonar jamás. De ahí que existan páginas en las redes sociales donde le llaman «el Padre del Anticristo». Hay que decir que, como liberal, José Piñera en 1979 promulgó la ley que aprobaba la existencia de sindicatos libres exigiendo voto secreto para elegir a los dirigentes sindicales y permitiendo la libertad plena de afiliación a un sindicato dentro de una empresa, descentralizó la negociación laboral y fortaleció la ley antimonopolio. Unos años más tarde, cuando se aprobó su Ley de Minas, simplemente, se fue. Hoy en día continúa su cruzada para lograr que los pensionistas de todos los países posibles puedan vivir mejor sin endeudar a sus conciudadanos gracias a su modelo de pensiones de capitalización. A la gente de izquierdas más rencorosa le dolerá saber que sigue teniendo éxito.

Lo mejor de todo es que los críticos del liberalismo académico nos acusan de que nuestras propuestas son demasiado teóricas, lo llaman liberalismo de salón, destacan que son medidas alejadas de la realidad de la gente, especialmente de la gente menos favorecida. José Piñera es el ejemplo de que esa crítica no se sostiene y que sí se puede bajar de la academia a la calle.³

Treinta años después, gurús de la izquierda como Paul Krugman siguen intentando desmontar, sin lograrlo, el éxito economi-

3. En el capítulo dedicado al liberalismo en la política se trata la revolución liberal chilena.

co de las propuestas friedmanitas. Todavía hoy sigue difundándose la propaganda perversa acerca de la alianza de Friedman y sus seguidores con cualquier tipo de dictaduras, llegando a sugerir atrocidades simplemente porque no soportan que su socialismo de mercado (oximorón donde los haya) no triunfe, y que su sacrosanto Estado del Bienestar esté herido de muerte. Es más fácil denigrar, mentir y falsear la verdad que aceptar que las bases que te encaraman como santón del siglo XXI están fabricadas con humo.

Como suele suceder, de los chilenos friedmanitas se ha pasado a denominar neoliberales o *neocons* (es decir, representantes del mal sobre la Tierra) a todos los que defienden la reducción del peso del Estado. Lo más curioso es que un liberal se opone por definición a los conservadores y, por tanto, a los neoconservadores (que es lo que significa el término *neocon*). Y para entender de qué se trata, nada como acudir al *Urban Dictionary* donde se define a los *neocon* como gente dispuesta a gastar de manera insana y criminal, racistas radicales partidarios de un Nuevo Orden Mundial de tipo orwelliano, que tratan de combinar lo peor de la socialdemocracia y lo peor del conservadurismo. Y termina con la siguiente afirmación: Los neocon son la mayor amenaza para la vida, la propiedad y la libertad que jamás haya tenido este país (refiriéndose a Estados Unidos). Más allá de la pizca de sorna y de ironía de esta exagerada definición, es cierto que los neoconservadores no defienden como triple pilar de la civilización la vida, la libertad individual y la propiedad privada, sino que muchas veces son partidarios de sacrificar uno o varios de estos principios por razones de «causa mayor», como el acceso al petróleo. A pesar de su defensa de la libertad individual, de las políticas desregulatorias, de la bajada de impuestos como forma de promover el crecimiento económico y de su lucha contra el comunismo, Ronald Reagan, expresidente de Estados Unidos, es considerado un *neocon* por muchos libertarios por su política militar expansionista. Por otro lado esa característica no es exclusiva de Reagan, más bien es común a un elevado número de presidentes estadounidenses desde antes de Reagan y hasta nuestros días.

Milton Friedman tiene asegurada la sucesión intelectual. Curiosamente, también la tiene desde un punto de vista más humano porque su hijo David Friedman, que es anarquista de mercado (los más radicales libertarios), también es profesor universitario, y su nieto Patri Friedman es director del Seasteading Institute, una organización que promueve la construcción de lugares libres en medio del océano, bien plataformas fijas, bien plataformas móviles, en donde se puedan organizar comunidades sin estar sometidos a las rigideces que los Estados socialdemócratas actuales nos imponen, es un anarquista de mercado pragmático.

Además de la Escuela de Chicago, nuestro siglo nos ofrece como opción liberal la Escuela de la Elección Pública. Esta escuela fue fundada por otro premio Nobel de Economía, James M. Buchanan, que fue galardonado justo diez años después que Friedman, en 1986. Buchanan se había formado en las teorías de la Escuela Austriaca. Eso explica que diera tanta importancia al concepto de «coste de oportunidad», que se define como la pérdida en que se incurre por emplear los recursos escasos en una alternativa en vez de otra. A Buchanan no se le escapaba que el coste de oportunidad está en cada elección que realizamos en todos los aspectos de nuestra vida: cuando pedimos carne en vez de pescado, cuando compramos una casa en este barrio en lugar de hacerlo en aquel otro, cuando damos de lado a esta persona y nos acercamos más a esa otra... en todos los casos, el beneficio (material o inmaterial) que podríamos haber obtenido si hubiéramos optado por la otra alternativa representa el coste de oportunidad. Y decidió aplicarlo a las elecciones políticas. No solamente a las elecciones de los votantes, sino también a la toma de decisiones de los gestores políticos, quienes actúan movidos por su propio interés, como el resto de la humanidad, pero juegan con dinero ajeno, y no propio. Esta aplicación de la racionalidad económica al ámbito de la política es enormemente fructífero y abarca infinidad de temas. A él se deben conceptos tan relevantes como el de *free-rider*, o gorrón, refiriéndose al que se zafa de pagar un servicio público costado por todos y no le pasa nada. O como el concepto de buscador de rentas, que son los parásitos que buscan la subvención estatal y enfocan su vida

profesional de manera que se les termina financiando sus ideas, sus circunstancias y detraen recursos que podrían ser mejor empleados. Un instrumento de análisis político que aporta esta escuela es el problema del Principal-Agente, en el que se estudia en qué condiciones y bajo qué incentivos aparecen los problemas de riesgo moral en el ejercicio de las funciones públicas de nuestros políticos, en general. Pero la extensión de la teoría de la elección pública (*public choice*) más importante es el análisis constitucional y su relación con la rama de la teoría del derecho conocida como «Análisis Económico del Derecho» (*Law and Economics*), cuyo abanderado es Gary Becker, premio Nobel de Economía en 1992, aunque no fue éste su único campo de investigación. El AED estudia las consecuencias económicas que tienen las decisiones jurídicas, como, por ejemplo, el impacto en sus resultados del modo de elegir los magistrados del Tribunal de Cuentas, o el análisis de las preferencias de los jueces y su efecto en las sentencias y en el funcionamiento de la justicia.

En ambos casos se trata de ampliar los horizontes de la acción humana, la libertad y la responsabilidad individuales y relegar la acción del Gobierno a aquello que sea imprescindible. Una de las líneas de investigación más interesantes para el futuro es el estudio del funcionamiento de nuestras instituciones medulares de justicia, como el Tribunal Constitucional, el Consejo General del Poder Judicial, el Tribunal Supremo o el Tribunal de Cuentas, pilares de las demás instancias judiciales que lamentablemente no constituyen un buen sistema de *check and balance*, de contrapeso del poder político.

He dejado para el final la Escuela Austriaca porque representa una opción académica que no parte de los clásicos ingleses del XIX sino que sus raíces provienen de la Escuela de Salamanca, al menos de manera indirecta, como veremos en la parte de pensamiento económico. De momento, me interesa destacar cuáles son las premisas de los que se consideran liberales austriacos. Por supuesto, su relación con Austria es que el fundador, Carl Menger, y Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, los dos representantes más importantes de nuestros días, si exceptuamos a Murray Rothbard, eran austriacos.